



EDITORIAL



a violencia es una de las principales causas del malestar en este principio de siglo. Como toda pauta cultural, la de la violencia es un producto de la sociedad. Es un adulteramiento de las relaciones humanas como producto de conflictos insolubles por otros medios a nivel de las instituciones y clases sociales, grupos de pertenencia y familias.

En el nivel macrosocial el comercio de armas, los conflictos provocados por la obtención de fuentes de energía y alimentos, la predominancia del capital financiero especulativo por sobre las

economías productivas, las luchas interétnicas, etc., generan niveles inéditos de violencia y sufrimiento humano.

En lo microsocia l los problemas macroeconómicos y macropolíticos repercuten en al menos dos niveles: la violencia juvenil y la violencia familiar. En los EE.UU., los menores de 18 años cometen el 14% de todos los asesinatos, el 15% de todas las violaciones, el 24% de todos los asaltos y el 43% de todos los robos de autos.

La familia es la unidad fundamental sobre la que está constituida la sociedad, y una de sus funciones principales es la creación de un ambiente armónico de funcionamiento que brinde apoyo y seguridad a sus integrantes. Las víctimas principales de violencia familiar son las mujeres, los niños y los ancianos. La violencia se está convirtiendo en un problema cada vez más serio en los países de América Latina. Muestra de ello es que, según datos ofrecidos hace ya más de dos décadas por las Naciones Unidas, una de cada cuatro mujeres es afectada por la violencia conyugal. Las estadísticas son por demás elocuentes, el crecimiento de la violencia en todas sus manifestaciones es un fenómeno planetario.

Es evidente que la desarticulación de la familia influye directamente en este problema.

La crisis del trabajo y la falta de oportunidades para conseguir un empleo digno empuja a los jóvenes hacia la delincuencia, tal como lo demuestran las clásicas investigaciones del sociólogo norteamericano James Petras en cinco ciudades de los EE.UU.: Detroit, Boston, Nueva York, Chicago y Newark. Cuando caen la industrialización y el empleo industrial, aumentan la delincuencia y el crimen. Otra investigación del mismo Petras efectuada en Barcelona ("Padres e hijos, dos generaciones de la clase trabajadora bajo el impacto del neoliberalismo") corrobora absolutamente los resultados anteriores. En el informe que tuvimos la oportunidad de presentar ante el Tribunal convocado por los organismos de Derechos Humanos que juzgó las consecuencias del Estado neoliberal, hace ya más de diez años, arribamos a las mismas conclusiones para nuestro país luego de atravesar la crisis de 2001.

El incremento de la violencia familiar es otro dato de la realidad que tiene evidencia estadística: la comuna porteña recibe más de 40 llamadas diarias que denuncian hechos de violencia familiar.

Más de la mitad tienen que ver con maltrato físico a menores y un 25% con maltrato emocional. Las víctimas, como siempre, son los más débiles e indefensos, en el 55% de los casos la violencia se ejerce sobre niños de 0 a 12 años. Algo similar se vislumbra en relación a las mujeres. Entre los victimarios se viene produciendo un aumento significativo de profesionales con título universitario, para dejar claro que la violencia no es solo una cuestión de falta de educación o de pobreza.

Las consecuencias de esta cultura de la violencia se reflejan en las consultas que recibe el psiquiatra y complican, cuando no son el principal factor patógeno, los cuadros que debe atender el especialista, generando la necesidad de planes terapéuticos que exceden ampliamente las formas clásicas de intervención en el tratamiento de los trastornos mentales ■

Juan Carlos Stagnaro